

Revista de la CEPAL

Director

RAUL PREBISCH

Secretario Técnico

ADOLFO GURRIERI

Editor

GREGORIO WEINBERG



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA
SANTIAGO DE CHILE / ABRIL DE 1980

SUMARIO

El desafío energético <i>Enrique V. Iglesias</i>	7
Reunión sobre una nueva América Latina en la cambiante economía mundial	
Presentación <i>Abraham F. Lowenthal y David H. Pollock</i>	21
Exportación de manufacturas <i>Pedro I. Mendive</i>	23
La exportación de productos primarios no combustibles <i>Jere R. Behrman</i>	34
Una América Latina nueva en el nuevo mercado internacional de capitales <i>Albert Fishlow</i>	52
América Latina y el sistema monetario internacional observaciones y sugerencias <i>Carlos Massad</i>	63
Los países latinoamericanos y el Nuevo Orden Económico Internacional <i>Pedro Malán</i>	71
Desarrollo tecnológico en América Latina y el Caribe <i>Jorge A. Sábato</i>	87
Las principales cuestiones pendientes en las negociaciones sobre el Código de Conducta de la UNCTAD para la transferencia de tecnología. <i>Miguel Wionczeck</i>	101
La reforma económica internacional y la distribución del ingreso <i>William R. Cline</i>	110
Resumen interpretativo <i>Colin I. Bradford, Jr.</i>	122
Lista de participantes	134
Repercusiones monetarias y reales de la apertura financiera al exterior. El caso chileno: 1975-1978 <i>Roberto Zahler</i>	137
Hacia una teoría de la transformación <i>Raúl Prebisch</i>	165
Algunas Publicaciones de la CEPAL	217

EL DESAFIO ENERGETICO*

*Enrique V. Iglesias***

EL CUESTIONAMIENTO DE LOS ESTILOS DE DESARROLLO

El tema de los estilos de desarrollo no nos es ajeno; tampoco ha surgido recientemente entre las preocupaciones de la CEPAL, sino que viene preocupándonos desde hace mucho tiempo. En su primera formulación el tema apareció como categoría de análisis que actuaba como un reductor de las ansiedades de los economistas frente al fracaso o la ineficiencia social de los procesos de crecimiento. Posteriormente, esta problemática fue recogiendo los elementos provenientes de la sucesiva ampliación de la discusión internacional acerca del tema de desarrollo en sus distintas dimensiones. Es por tanto dentro de ese contexto que el problema del desarrollo ha debido ir haciéndose eco de ciertos planteamientos efectuados por los científicos, y difundidos en su momento en forma muy oportuna por los trabajos del Club de Roma, los que colocaron sobre el tapete internacional la discusión de qué podría significar para la humanidad el agotamiento de los recursos naturales, o el surgimiento de límites físicos al proceso de crecimiento económico. Estos hechos implicaban no sólo un desafío científico, sino también económico, social y político; y en ese plano cuestionaban y planteaban la necesidad de revisar aquellos estilos de desarrollo que ejercen presiones irracionales sobre dichos recursos y desafían estos límites.

Pero el cuestionamiento científico de los estilos de desarrollo no es el único. Otras discusiones, encaradas desde distintos puntos de partida, proporcionan nuevos ángulos para cuestionar, de una u otra forma, el estilo de desarrollo predominante y para buscar estilos optativos.

Acabo de mencionar uno de ellos: el ángulo social. Cuando nos ocupamos de cuestionar la eficiencia social del crecimiento, estamos denunciando la incapacidad del estilo de desarrollo vigente para resolver los problemas sociales de América Latina y, en general, del mundo en desarrollo.

Otro ángulo desde el que se ha venido desafiando enérgicamente tanto la eficiencia económica como social de los estilos de desarrollo en los países subdesarrollados ha sido el que conocemos como la cuestión demográfica, esto es, el crecimiento explosivo de la población y de la urbanización, con toda la secuela de problemas que estos fenómenos han traído consigo.

En el mismo sentido actúa el tema tecnológico. Los conservacionistas, que desde hace varias décadas vienen ocupándose del tema, siempre llamaron la atención acerca de las consecuencias que acarrearían estilos de desarrollo basados en la incorporación masiva de tecnologías modernas en sociedades retrasadas, como una fuente potencial de agresión a sus patrones culturales y, por consiguiente, de alienación del hombre frente a la sociedad y a la naturaleza.

Un ángulo distinto desde el que se cuestiona a los estilos de desarrollo en el mundo en desarrollo se relaciona con la autonomía del crecimiento, tema que no sólo fue planteado en el plano ideológico por las teorías sobre el imperialismo y otros enfoques afines, sino que se ha expresado en el plano político a través del proceso de descolonización y la irrupción del tercer mundo en el escenario internacional. A la luz de esta preocupación, la autonomía del crecimiento representa

* Las ideas que se presentan en este artículo fueron elaboradas durante la realización de una misión sobre cooperación en el campo de la energía que el Secretario General de las Naciones Unidas encomendó al autor. Asimismo, fueron expuestas en el Seminario Regional CEPAL/PNUMA sobre Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina, realizado en la Sede de la CEPAL en Santiago, del 19 al 23 de noviembre de 1979.

**Secretario Ejecutivo de la CEPAL.

otro de los ángulos a través de los cuales podrían evaluarse las características peculiares de un cierto estilo de desarrollo.

De todos modos, sea abordado desde el ángulo de la sociedad, la tecnología, la cultura o la autonomía del crecimiento, el debate sobre estilos de desarrollo es extremadamente importante en la medida en que permite apreciar la naturaleza integral del desarrollo e ilumina toda la amplitud y complejidad del tema. Y lo que es aún más significativo, pone de relieve el componente político esencial de los procesos de desarrollo. Cuando se examinan los inspirados informes preparados en las reuniones de Founex o de Cocoyoc, o por la fundación Dag Hammarskjöld, donde se discuten estilos optativos de desarrollo, se tiene la impresión de que los mismos adolecen de una limitación fundamental: si bien todos estos documentos son brillantes en el diagnóstico del problema y en el análisis de los diversos componentes de sus posibles soluciones, en ninguno de ellos se hace explícito que detrás de esta problemática existen definiciones políticas fundamentales. El fondo del problema radica en saber si la organización social —y las fuerzas políticas básicas que están detrás de ellas— son realmente capaces de provocar los cambios que es necesario introducir en el estilo de desarrollo para alcanzar las metas que dichos documentos proponen. En la capacidad política de lograr esas transformaciones radica, precisamente, el gran desafío.

Es dentro de este contexto, que quisiera referirme ahora al tema de la energía —que en estos últimos tiempos ha ocupado mi atención personal— y que representa otro de los diversos ángulos desde donde pueden revisarse los estilos de crecimiento hoy predominantes en la humanidad.

EL PROBLEMA DE LA ENERGIA: CONSIDERACIONES GENERALES

Para empezar quisiera puntualizar algunas observaciones previas. La primera de ellas, que no soy un experto en energía y por lo tanto voy a limitarme a transmitir sólo las impresiones de alguien que examina el problema a partir de la economía. La otra, es que trataré de examinar este problema procurando identificar los principales desafíos que se plantearán a los países en desarrollo durante los próximos años, y de imaginar las posibles opciones que enfrentarán esas sociedades, con especial referencia a los países latinoamericanos.

La influencia de la energía en el estilo de crecimiento predominante ya ha sido señalada por Osvaldo Sunkel.¹ Es indudable que el tipo de energía utilizado preferentemente por la humanidad durante los últimos años marcó en forma definitiva, en una u otra medida, tanto el estilo de crecimiento como el estilo de vida de todos los países del mundo. Dentro de este estilo, el crecimiento económico estuvo impulsado fundamentalmente por los avances tecnológicos, los cuales a su vez dependieron estrechamente de la base energética disponible. Fue la irrupción de esas nuevas tecnologías lo que tornó posible un desborde sin precedentes de las fuerzas productivas de la humanidad.

Detrás de ese estilo de crecimiento, y de la transformación tecnológica que le sirvió de sustento, estuvo, como es obvio, el aprovisionamiento de un nuevo tipo de energía —los hidrocarburos— que durante varios decenios se caracterizó por su abundancia relativa, por la flexibilidad con que podía ser utilizado en diferentes esquemas tecnológicos y, sobre todo, por sus precios reducidos.

Ese estilo de desarrollo, basado en la introducción de estas nuevas formas de energía barata, hizo posible que las sociedades actuales —o por lo menos sus élites— alcanzaran los niveles de bienestar de que disfrutan actualmente. La cuarta parte de la humanidad pudo lograr de este modo niveles de vida sin precedentes, con “sofisticadísimos” avances tecnológicos, basados siempre en el suministro de energía barata.

Es evidente que los países en desarrollo fueron influidos por un estilo de crecimiento y por un tipo de tecnología asentados sobre aquellas fuentes de energía abundante y barata. Y ese estilo

¹Véase su informe “Estilos de desarrollo y medio ambiente” presentado al Seminario Regional ya citado.

de vida fue penetrando en ciertos grupos de nuestras sociedades con una particular virulencia, porque la imitación de las sociedades más opulentas nos hizo víctimas de todas las formas de consumismo desarrolladas por ellas; esto determinó que la civilización occidental, o por lo menos sus manifestaciones externas, llegara a todos los rincones de la tierra, sin excluir comunidad o cultura alguna, y a su vez incorporara a todas las sociedades dentro de unas mismas pautas de producción y de consumo, cuya subsistencia ya no sería posible sin la base energética que le sirvió de fundamento durante varios decenios.

En 1973 se genera la llamada "crisis de la energía", que reviste dos importantes expresiones. La primera consiste en que, en virtud de una inteligente asociación entre los países productores de petróleo, se pone término al referido ciclo basado en la energía barata que acabamos de señalar. El mundo industrializado se desarrolló a lo largo de los últimos treinta años asentado sobre una extracción continuada de un recurso que provenía fundamentalmente de los países en desarrollo —los países árabes generan el 70% de la oferta mundial de hidrocarburos— a precios envilecidos. La segunda expresión de esta crisis consiste en que por vez primera se hizo evidente el peligro de que el crecimiento de las reservas de hidrocarburos quedara rezagado frente a las tasas de crecimiento del consumo de dicho recurso, y de este modo la amenaza de que durante la próxima década se volviera difícil mantener el equilibrio energético mundial, de continuar las actuales tasas de crecimiento del consumo. En efecto, si éstas se mantienen en los próximos años correremos serios riesgos de enfrentar una situación de escasez internacional de combustibles, y en algún momento, antes de fines de siglo, la curva de la producción podría tender a decrecer. Esta situación planteó una interrogante muy seria a una civilización que transformó drásticamente su balance energético, que dependía cada vez menos del carbón, y alimentaba su acelerada expansión fundamentalmente a base de los hidrocarburos. En esto consistió lo que se llamó la crisis energética.

Esta crisis debe ser considerada en todas sus consecuencias, y no sólo por su repercusión sobre las balanzas de pago. En efecto, ella es de lejos una de las más complejas y dramáticas del siglo y debe ser abordada desde distintos ángulos.

En primer lugar, estamos frente a un problema *técnico*, porque se trata fundamentalmente de determinar cuáles pueden ser las opciones de la humanidad frente al posible agotamiento de una fuente hoy fundamental para el actual balance energético.

Es un problema *económico*, porque cualesquiera sean las opciones energéticas que el futuro nos depare, el costo de las diversas fuentes de energía será muy superior a los actuales, ya que las fuentes sustitutivas del petróleo presentan costos mucho más elevados que los de las fuentes tradicionales, sobre las cuales la humanidad basó su desarrollo durante los últimos años.

Es una cuestión *política*, ya que por primera vez el mundo en desarrollo invierte las tradicionales relaciones de dependencia y se organiza para obtener la valorización de uno de sus productos fundamentales, mediante un notable ejemplo de organización política, que permitió al Tercer Mundo reaccionar en forma inteligente y hacer que también por primera vez las relaciones norte-sur se plantearan no ya en términos de dependencia, sino de interdependencia.

Y es un problema *sicológico*, ya que en esta materia, tal como lo percibo, se ha creado, por la fuerza de los hechos o la voluntad de los actores, una de las más formidables maquinarias de información internacional, que está plasmando imágenes en la opinión pública, capaces de distorsionar la realidad de los hechos. A través de esas imágenes se procura atribuir la responsabilidad de la actual crisis económica internacional exclusivamente a los países exportadores de petróleo, lo cual sólo puede explicarse como resultado de una lamentable deformación de la opinión pública internacional, que alienta las pasiones y hace mucho más difícil cualquier forma de diálogo internacional constructivo.

Por último, constituye un ingrediente en la formulación de problemas políticos más amplios, ya que no podemos desconocer que detrás del tema del petróleo se agitan problemas políticos que lo trascienden. Es ampliamente conocido que, en diversas ocasiones, el petróleo fue em-

pleado como un arma para obtener otros objetivos políticos y que su estrategia se liga estrechamente a toda la crisis política del Medio Oriente.

En todo caso, el balance de fuerzas en el mundo ha sido alterado, lo que da a este debate un carácter enteramente nuevo y hace que el problema revista una enorme complejidad. No se trata, pues, de un problema puramente técnico, sino que es también, y al mismo tiempo, un problema económico, político, psicológico y de información.

En medio de la multiplicidad de aspectos que presenta la crisis energética, estimo que su rasgo más importante es la incertidumbre que esta situación ha creado en el ámbito mundial. Y es precisamente esa incertidumbre la que hace mucho más necesario el diálogo internacional y, por lo tanto, la organización de las distintas agrupaciones de países para discutir sus respectivos intereses y buscar fórmulas de cooperación para mutuo beneficio.

DATOS E INCERTIDUMBRES EN EL PROBLEMA ENERGETICO

Dentro de esta vasta gama de incertidumbres hay ciertos datos que merecen particular atención.

Un primer dato consiste en que la producción de hidrocarburos se está acercando a límites económicos que podrían significar que durante la próxima década, y hasta fines del presente siglo, tengamos fuertes desequilibrios entre la oferta y la demanda, insinuándose grandes peligros de escaseces transitorias, y una enorme vulnerabilidad a cualquier tipo de conflicto internacional. La crisis política del Irán mostró recientemente hasta qué punto estamos entrando en una carrera muy estrecha entre la oferta y la demanda, con altibajos que pueden significar tensiones permanentes en los mercados mundiales durante los próximos años.

En segundo lugar, los precios de los recursos energéticos continuarán subiendo durante todo este periodo, para irse acercando a sus costos de reposición. Es natural que el aumento de los precios pueda adoptar formas diferentes, y no prosiga siempre al mismo ritmo, pudiendo darse una situación de crecimiento muy agudo durante los próximos dos o tres años, seguida de un periodo de incremento más lento y prolongado. Pero lo que sí ya es un hecho admitido por todo el mundo es que los precios de la energía continuarán creciendo en términos reales. Hasta hace tres años se creía que la meta fundamental del aumento de los precios consistía en seguir las tasas de inflación. Hoy juzgo que los precios seguirán creciendo además en términos reales. Hay quienes sostienen que un incremento real del 3% al 5% anual durante la próxima década no sería una cifra desacertada, la que, sumada a la tasa inflacionaria mundial y a las fluctuaciones de las monedas más importantes, podría traducirse en incrementos muy significativos de la cuenta petrolera mundial. Esta hipótesis supondría una duplicación de los precios del petróleo, en términos nominales, cada pocos años. Y no es por cierto la más pesimista, si se analizan los hechos recientes en materia de precios.

Tercero, en la medida en que los precios de los recursos energéticos suban más que la inflación mundial, los excedentes de petróleo y los excedentes financieros constituirán un fenómeno corriente en los próximos años, especialmente en algunos países. Y este fenómeno significará que los mercados financieros internacionales se verán influidos por la existencia de excedentes de magnitudes desconocidas en la historia de la humanidad, que van a desempeñar un papel fundamental para la economía mundial, según los diversos mecanismos de reciclaje que se adopten, sea por las vías tradicionales de los últimos años o también por otras nuevas, las que podrían concertarse a través de la cooperación internacional.

En cuarto lugar, el alza de los precios va a inducir políticas conservacionistas, si bien sus resultados no serán inmediatos. En la mejor de las hipótesis, los resultados de la técnica nos anuncian que a través de políticas adecuadas podría ahorrarse entre un 20 o un 30% sobre los niveles de consumo normales durante los próximos años. Ese ahorro, con ser muy importante, tampoco resolverá los problemas de fondo.

Quinto, todos coinciden en afirmar que la capacidad de compresión del consumo de energía de que dispone el mundo en desarrollo es mucho menor que la que pueda alcanzar el mundo

desarrollado. Los países en desarrollo necesitan mucha más energía de la que hoy consumen, y probablemente habrán de elevar sus tasas de consumo energético con mayor rapidez que sus tasas de crecimiento, las cuales deberían intensificarse en los próximos años si queremos resolver sus problemas económicos y sociales. Es decir, estos países no pueden detener o comprimir sensiblemente su consumo energético, si no quieren detener su proceso de desarrollo. En el caso de los países desarrollados, en cambio, el margen de compresión del consumo de energía podría ser muy superior, ya que, debido al grado de desarrollo alcanzado por sus economías, en estos países el consumo de energía podría crecer más lentamente que el producto.

Sexto, existen otras fuentes muy importantes de energía, entre las cuales se destacan, por las perspectivas que ofrecen, el carbón y la energía nuclear; sin embargo, su utilización efectiva demandará bastante tiempo. Cualquier inversión en materia nuclear demora de diez a quince años en ponerse en marcha; y cualquiera otra opción previsible, como la licuefacción del carbón, demandará otros quince años en influir en la oferta del mercado. También existen perspectivas muy promisorias en materia de recursos renovables, pero sus resultados tampoco están a la vista, por lo menos en su faz de explotación comercial. Es decir, no hay ninguna razón para que durante los próximos años el petróleo deje de ser fundamental en el abastecimiento mundial de energía, y por consiguiente los hidrocarburos continuarán representando más del 50% del balance energético del mundo.

Hasta aquí los datos sobre los cuales hay consensos generalizados. Examinemos ahora los desacuerdos.

Nadie sabe exactamente cuál es la capacidad real de producción de hidrocarburos en el mundo, a pesar de que se habla de grandes yacimientos aún inexplorados. Aparentemente, existen recursos en muchas partes e incluso en América Latina, pero aún se ignoran las dificultades económicas o técnicas que su explotación puede encontrar. Estos recursos permitirían extender los límites que está encontrando la humanidad para el abastecimiento de productos energéticos pero no permitirían mantener la actual participación de los hidrocarburos en la oferta total.

Sabemos que el mundo tiene importantes recursos en el campo atómico, pero éste es un ámbito rodeado de grandes dudas e incertidumbres derivadas de la seguridad de las plantas, las ventajas y desventajas de las distintas opciones tecnológicas, la disposición de los desperdicios radiactivos y otros problemas similares. En esta materia nos enfrentamos nuevamente con un problema no sólo de naturaleza económica, sino también técnica, política y psicológica, como lo demuestra la disparidad de opiniones existentes en este momento frente al tema en distintos países.

La otra gran incertidumbre se refiere a la aplicación de las políticas energéticas. En esta materia el norte no está de acuerdo acerca de cuál es la mejor forma de manejar estas cosas. Existen dos tendencias, la de quienes creen que el mercado resolverá estos problemas, y por lo tanto abogan por la tesis de dejar que los precios actúen como el elemento regulador fundamental, y la de quienes piden, cada vez con mayor insistencia, la adopción de medidas de tipo voluntarista o intervencionista, recurriendo incluso al racionamiento, como propuso el Presidente de los Estados Unidos, una medida que para los cultores de las fuerzas del mercado debe parecer una heterodoxia difícil de aceptar.

PERSPECTIVAS A LARGO PLAZO

Así enunciado, y sin entrar en mayores detalles, el problema parece plantearse en dos etapas: los desafíos a largo plazo y los de la fase de transición.

Mirando a largo plazo, y toda vez que mi interpretación de lo que dicen los técnicos sea la correcta, uno podría suponer, sin demasiados riesgos, cierto optimismo histórico. Creo que la humanidad ya inició y lo hará en un grado mucho mayor, un esfuerzo sin precedentes en la historia del hombre en materia de abordaje de nuevas tecnologías. Seguramente el siglo XXI tendrá un fundamento energético más sólido que el actual, y es muy posible que contemos con soluciones

hoy para nosotros imposibles. En primer lugar, porque el avance tecnológico y la magnitud de las inversiones que se están encarando actualmente, tanto por parte del sector público como del sector privado, son enormes. En segundo lugar, porque estimo que en la actualidad ya despuntan algunas iniciativas que, como la fusión nuclear y otras, permitirán emplear fuentes de energía renovables, capaces de abrir perspectivas prácticamente infinitas. Por eso, tal vez no sea aventurado jugar con la hipótesis de que las opciones a disposición de la humanidad en el futuro serán más brillantes que cuanto hoy pudiéramos anticipar; pero de todos modos se trata de hipótesis para cuya concreción en el mejor de los casos, deberemos traspasar el umbral del siglo XXI.

Otro campo que está experimentando en la actualidad avances impresionantes es el de la generación de energía hidroeléctrica y su transmisión a distancia, especialmente en la Unión Soviética; el hombre estará pronto capacitado para transmitir energía eléctrica a miles de kilómetros en condiciones de gran eficiencia. Sólo es necesario aguardar la difusión de esas tecnologías y la realización de las inversiones necesarias para implantarlas.

Los avances en la tecnología de transformación del carbón constituyen también otras promisorias realidades. En la misma línea se desenvuelve la energía solar.

Con respecto a las fuentes renovables, el caso de la 'energía verde' en el Brasil representa una experiencia llena de promesas, y una de las opciones más brillantes que he observado. Brasil encara el empleo de la producción o de los desechos agrícolas y de la foresta para generar nuevas formas de energía que podrían significar un sustituto fundamental frente a los actuales combustibles líquidos.

Tampoco deberíamos omitir los avances en materia de organización social; se está creando una mayor sensibilidad pública frente a la necesidad de emprender políticas de conservación, que va a significar que la sociedad adopte tecnologías basadas en soluciones energéticas alternativas, en campos como el transporte y la organización urbana, o nuevas técnicas de ahorro de energía en el sector industrial.

Todos estos elementos, creo que dan pie para sostener un optimismo histórico basado en el conjunto de alternativas que permitirán encarar el problema energético a largo plazo.

LA ETAPA DE TRANSICION

Pero el problema energético se plantea en forma mucho más difícil durante la etapa de transición. Examinemos los datos del problema durante este período.

Ante todo, como acabamos de manifestarlo, no hay duda alguna de que durante esta etapa el consumo de hidrocarburos seguirá siendo fundamental para el funcionamiento de la sociedad. Todas las opciones imaginables darán resultados a largo plazo, salvo excepciones, como podría ser el caso de la 'energía verde'.

Segundo, los precios continuarán subiendo, y es necesario que suban. Entiendo que uno de los errores graves cometidos durante los últimos años fue el de haber permitido que los precios bajaran en términos reales a partir de 1973. La humanidad debe acostumbrarse a aceptar que frente a un recurso no renovable y escaso, como lo es el petróleo, sólo resta elevar su precio hasta adecuarlo al de otras formas sustitutivas de energía. Si admitimos que el precio de esas otras formas de energía es superior al actual de los hidrocarburos, no hay ninguna razón económica ni técnica para pensar que los precios no deban proseguir subiendo en forma sistemática. El problema de cómo deben subir, con qué ritmo y dentro del marco de qué tipo de acuerdos internacionales, constituye una cuestión de otra índole.

En tercer lugar, es preciso subrayar la importancia de un tema menos discutido, pero quizás más importante aún que el anterior: el de las inversiones requeridas durante el período de transición hasta alcanzar un nuevo tipo de balance energético mundial.

En este momento disponemos en el mundo de tres grandes costos de referencia. Tenemos el costo de referencia del tipo de petróleo liviano —el petróleo saudita— cuya extracción requiere inversiones que oscilan alrededor de los 2 000 dólares por barril extraído diariamente del suelo,

en dólares de 1978. Frente a este tipo de petróleo, que constituye el grueso de la producción mundial, está el de aquellos otros países que ya tienen que pagar costos intermedios, que fluctúan entre los 6 000 y 8 000 dólares por barril. Por último, hay una pequeña minoría de situaciones, entre las cuales se cuenta la de Alaska y los países que deben traer el combustible desde zonas submarinas, que requieren inversiones que ya están alcanzando los 20 000 dólares por barril.

La participación de estas distintas fuentes en el abastecimiento mundial de hidrocarburos se está transformando considerablemente. Las fuentes de petróleo más costosas irán desplazando progresivamente a las más baratas. Al mismo tiempo, los productores tendrán que tomar en cuenta las inversiones necesarias para poner en explotación nuevas fuentes del recurso, generalmente más costosas, las cuales determinarán el costo de reposición de los recursos actualmente en explotación. Todo ello influirá fuertemente en la estructura de costos del producto. Por lo tanto, los costos básicos se irán desplazando. Según algunas estimaciones confiables, el petróleo cuya extracción hoy cuesta unos 2 000 dólares tendrá que generar recursos para costear inversiones del orden de 6 000 dólares por barril. El petróleo que hoy cuesta 8 000 dólares tendrá que financiar inversiones que requerirán 14 000 dólares; y se necesitará también obtener petróleo mediante sistemas de aprovechamiento terciario, que implicarán inversiones del orden de 30 000 a 35 000 dólares por barril. Es decir, que una producción de 250 000 barriles diarios, que en un país como Arabia Saudita en la actualidad supone una inversión de 500 millones de dólares, dentro de 10 años, al depender de nuevas fuentes de energía o de fuentes convencionales, implicará inversiones del orden de 5 000 millones de dólares.

Esto implica una evolución espectacular de los requerimientos mundiales de recursos para inversión en el campo de los hidrocarburos, la que irá acompañada, además, de transformaciones semejantes en los demás campos. En todo caso existe consenso acerca de que el esfuerzo de inversión que deberá realizar la humanidad durante los próximos años para hacer frente al desafío energético, adquirirá dimensiones espectaculares. En cualquier hipótesis relativa al balance energético mundial, la humanidad tendrá que dedicar al desarrollo del sector cifras que multiplicarán por 5 o 6 veces las actuales. Este es un hecho muy importante que deberemos tomar en cuenta cuando analicemos las perspectivas de América Latina.

Al mismo tiempo se plantea otro fenómeno: la persistencia e incremento de crecientes flujos financieros. El año pasado, todos los países del mundo pagaron una cuenta petrolera del orden de los 240 000 millones de dólares, de los cuales la OPEP recibió 210 000 millones. De esa suma, 50 000 millones fueron al euromercado, y el resto fue empleado en importaciones que provinieron fundamentalmente del mundo industrializado, que es, en definitiva, el gran beneficiario de estos excedentes pues está capitalizando inteligentemente el dinamismo de los mismos. De los 50 000 millones de dólares canalizados bajo una u otra forma de reciclaje internacional la mayor parte fue al mercado de euromonedas —el cual, desde luego, suministró financiamiento por una cifra bastante superior a esa— el que recibió una parte importante de los excedentes financieros obtenidos por los países de la OPEP. En definitiva, el sistema bancario privado internacional fue el gran abastecedor de recursos financieros para balancear los déficit producidos en las cuentas externas de los distintos países del mundo, y muy fundamentalmente en el caso de los países en desarrollo. El año pasado estos requerimientos financieros ascendieron a 8 000 millones de dólares en el caso de México, 6 000 millones en el de Brasil, 3 500 millones en el de Corea del Sur y de China, 2 000 millones de dólares en el de Argentina y Taiwán, etc.

Esa extraordinaria situación de liquidez internacional constituye, en la actualidad, uno de los problemas centrales de la economía mundial debido a la incertidumbre que crea, pero al mismo tiempo ha pasado a representar la principal fuente de financiamiento para muchos países del mundo. Los países miembros de la OPEP continuarán aportando una proporción sustancial de esos recursos, sobre todo en la medida en que algunos de ellos mantengan un excedente permanente debido a su incapacidad para poder absorber productivamente, dentro de sus fronteras, inversiones de la magnitud que sería posible gracias a sus ingresos petroleros.

Esto significa que durante todo el período de transición, las crisis de balances de pago estarán

a la orden del día en muchos países. No podemos anticipar demasiado qué formas adoptarán estas crisis, como así tampoco qué habría que hacer para manejarlas, porque los precios de otros productos están evolucionando junto con los precios del petróleo. Están aumentando también los precios de los alimentos y de otras materias primas, los de los productos manufacturados y, muy especialmente, los de los bienes de capital. Los países en desarrollo han reaccionado en diversas formas frente a estas situaciones; algunos lanzaron ambiciosas políticas de expansión de su producción y sus exportaciones manufactureras, como Brasil, India y Yugoslavia, que son grandes países deficitarios. Otros, están recurriendo en forma muy exitosa a la exportación de mano de obra al Golfo Pérsico, recibiendo cifras impresionantes por concepto de remesas de sus emigrantes, que a veces superan a las provenientes de sus exportaciones. Uno y otro grupo de países comienza a construir defensas propias; pero hay otros que están en una situación completamente desesperada, porque no tienen manufacturas, carecen de las condiciones necesarias para desplazar sus trabajadores hacia el exterior y tampoco poseen acceso a los mercados financieros internacionales, lo cual crea situaciones agudamente dispares, y hace que este tema presente facetas muy diversas en el escenario internacional.

En todo caso, existe hoy una sensación muy clara de que el nuevo impulso inversor en el ámbito mundial beneficiará fundamentalmente a los países desarrollados, que son los que tienen capacidad para elaborar tecnologías, desarrollar industrias de punta y penetrar, con unas y otras, en los mercados internacionales.

Los países en desarrollo, por su parte, se sitúan, a mi juicio, en tres categorías. Por un lado están los países más grandes, que disponen también de grandes soluciones y constituyen una categoría por sí mismos, como Brasil, India, Yugoslavia y, en buena medida, los países del Oriente asiático y de la ASEAN, cuyas economías funcionan a base de ciertos esquemas que han resultado exitosos hasta ahora; estos países, seguramente, no son susceptibles de convertirse en un modelo general, aunque han aportado soluciones propias, entre las cuales destacan el auge de las exportaciones y el acceso a los mercados financieros internacionales. En el otro extremo están los países más pequeños y los más pobres del mundo, cuyo consumo de energía es y seguirá siendo muy bajo durante los próximos años; son éstos en cierto sentido los más desamparados, aunque en ellos el ritmo del proceso de desarrollo no plantea un requerimiento energético excesivamente agudo y pueden continuar recurriendo, por lo menos en algunos sectores, a formas no comerciales de energía. Y, finalmente, un grupo de países intermedios, entre los cuales se cuentan por lo general los países de América Latina, que están en la peor situación, ya que poseen un estilo de desarrollo importado de los países industrializados, con un acelerado ritmo de urbanización e industrialización, con la civilización del automóvil extendida hasta sus más remotos confines y con toda suerte de formas de imitación cultural, pero sin la capacidad de defensa de los países mayores.

Esto explica que las primeras reacciones frente a esta difícil coyuntura internacional se hayan originado precisamente en algunos países de América Latina que han experimentado las consecuencias de la crisis energética en forma más aguda que otros países en desarrollo; reacción impulsada principalmente por los sectores públicos y aquellos grupos sociales que más sufrieron el peso de las medidas de ajuste requeridas durante el período de transición al que acabo de referirme. Como si ello fuera poco, todo esto ha ocurrido dentro de un clima internacional profundamente afectado por la inflación y el estancamiento de las economías industrializadas. Las perspectivas de crecimiento de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) son sombrías y preocupantes. La perplejidad frente a la evolución de la economía mundial hace que las soluciones sean inciertas, o se vean constantemente superadas por los acontecimientos.

En suma, no hay mecanismos evidentes para enfrentar estos fenómenos; sólo parece disponible un renacimiento un tanto ingenuo del neomonetarismo, que quiere superar las prescripciones del keynesianismo de los años treinta, y que ha demostrado ser eficiente para capear el temporal financiero, pero incapaz de reflotar la economía real de los países en un mundo en crisis y al mismo tiempo controlar la inflación. Son estrategias excelentes para inducir la defla-

ción, pero muy poco eficientes para promover el crecimiento ordenado y estable de las economías centrales.

De allí que ahora aparezcan nuevas tendencias, que mucho nos complacen, que ponen el acento sobre el ajuste estructural de la oferta. Estas teorías, que parecen novedosas en los Estados Unidos, resultan muy familiares en esta casa, en donde estos enfoques se adoptaron hace ya varios decenios. Pero, de todas maneras, integramos un mundo sumergido en una gran complejidad, que está ensayando nuevamente fórmulas antiguas que no dan los resultados esperados, y que se encamina en forma vacilante hacia la búsqueda de soluciones nuevas.

Debemos prepararnos para enfrentar una década dominada por una situación económica difícil, en la cual lo más probable es que continuarán coexistiendo el estancamiento y la inflación. Esto representa un cuadro mucho más grave que el de 1973, porque no hay que olvidar que en ese año partimos de una situación económica cómoda: nuestros países registraban un nivel de endeudamiento relativamente bajo y una capacidad de reacción mucho mayor.

¿QUE HACER?

Debemos enfrentarnos ahora con la pregunta obvia. Y en esta materia defenderé una teoría también obvia. Primero por convicción moral, segundo por convicción personal, y tercero porque soy funcionario de las Naciones Unidas, que cree definitivamente en el diálogo. Esta posición podrá parecer excesivamente idealista en un mundo donde no todos los sectores son favorables al diálogo y donde, en cambio, hay fuerzas que parecen estar trabajando en favor del caos. Y el caos significaría un porvenir sombrío para la humanidad. Infortunadamente, si continúan los actuales sistemas no estamos tal vez muy lejos de caer en él, y quizás algunas fuerzas irracionales podrán estar pensando que esa sea la única opción para el momento actual. De allí la necesidad de que prevalezcan el sentido común y la visión de los grandes líderes políticos, frente a lo que podría convertirse en un verdadero holocausto, si no se entabla un auténtico diálogo internacional.

De manera que creo que el diálogo es absolutamente necesario, y no sólo eso, sino que creo además que dicho diálogo es posible, porque por primera vez existen las condiciones para que puedan sentarse en torno a una misma mesa los distintos sectores implicados en los problemas debatidos, aportando una gama de intereses susceptibles de compatibilizarse mediante negociaciones.

A los países desarrollados les interesa hoy una evolución ordenada de la economía mundial y de los precios internacionales; en otras palabras, están interesados en la posibilidad de lograr un reordenamiento de la economía mundial basado en un esquema de conjunto. A los países de la OPEP les interesa en este momento que el mundo respete su derecho a defender el valor de sus recursos naturales, a disponer de los recursos técnicos requeridos para desarrollar sus economías, y asegurarse su abastecimiento de alimentos. Los países en desarrollo no exportadores de petróleo se interesan por disponer de los elementos necesarios para sobrevivir en medio de la crisis actual y poder promover el desarrollo que todos deseamos. Todos estos intereses podrían concertarse en un diálogo bien conducido.

Pero para que sea posible ese diálogo, creo que la comunidad internacional tendría que aceptar, primeramente, ciertos *principios*, y en segundo lugar ciertas *actitudes*, que son eminentemente políticos.

Algunos de los principios, a mi juicio, básicos, y sobre los cuales debería fundarse cualquier diálogo internacional —que debiera tener lugar obviamente dentro del marco de las Naciones Unidas— son los siguientes.

Primero, el reconocimiento de que no existen alternativas a un diálogo global. En esta materia nos debatimos entre los intereses particulares de los países industrializados, que sólo quieren discutir la cuestión de la energía, y los de los países en desarrollo que piensan, y con razón, que el diálogo debe ser global. Creo que a estas alturas la discusión se ha tornado bizantina, y que no hay escapatoria al diálogo global, puesto que aún si nos sentásemos alrededor de una misma mesa a

discutir sólo los problemas de la energía, esa discusión no podría llevarse a cabo sin discutir también la inflación mundial, el funcionamiento de los mercados financieros y las perspectivas del crecimiento económico. Es decir, que en seguida el diálogo adquiriría proyecciones globales.

El segundo principio sostiene que durante el período de transición aquellos países que más pueden aportar en favor de un desarrollo ordenado del proceso son precisamente aquellos que hoy consumen más recursos energéticos, es decir, los países industrializados. De nada sirve que ahorremos en bombillas eléctricas en el mundo en desarrollo si los Estados Unidos, que continúan siendo los consumidores de la tercera parte de la energía mundial, no responden con medidas conservacionistas claras y decididas. En otros términos, el aporte decisivo a una estrategia de conservación de energía sólo puede provenir de los países industrializados y fundamentalmente, de los Estados Unidos. Creo que si nos ponemos de acuerdo al respecto será más fácil que prospere el diálogo internacional.

El tercer principio afirma, como hemos dicho, que debe aceptarse que los precios del combustible continuarán subiendo, ya que ésta es la única forma de asegurar que el mundo despierte de este sueño de irrealidad e irresponsabilidad en que se sumió durante los últimos treinta años, al basar todo su proceso de desarrollo sobre un abastecimiento de energía indebidamente barato.

El cuarto principio reconoce que no habrá diálogo sin la aceptación de ciertas responsabilidades de tipo global que competen a la humanidad toda. La primera responsabilidad alude a la situación de los balances de pago mundiales. Carece de sentido insistir en que sólo los países de la OPEP, en el caso de los países del tercer mundo, pueden resolver este problema, cuando es evidente que el mismo sólo puede resolverse con el compromiso de toda la comunidad internacional. También es global el tema de las inversiones, un desafío que a mi juicio puede ser mucho más importante que el problema de los balances de pago; el mundo debería aceptar que las inversiones en materia de energía implican cierta responsabilidad de toda la comunidad internacional. Resulta por lo menos discutible que Argelia o Venezuela inviertan sus excedentes petroleros en el desarrollo de nuevas fuentes de hidrocarburos cuando ese petróleo será consumido por Europa o los Estados Unidos. Esa inversión, en última instancia, también es corresponsabilidad de los grandes consumidores. Este es un concepto nuevo en el ámbito de la comunidad internacional, pero debemos ir desarrollándolo. Por otra parte, si los países en desarrollo aumentan sus inversiones energéticas, al mismo tiempo que apuntalan su desarrollo, disminuyen las presiones de la demanda sobre los mercados mundiales de energéticos, favoreciendo de este modo el desarrollo ordenado de los mercados y disminuyendo la presión sobre recursos escasos. Esto último opera en bien de los intereses de los países industriales, que representan el 90% de la demanda mundial de hidrocarburos.

Por otra parte, las inversiones que se necesitan en el sector petrolero son de tal magnitud que, salvo que se acepte el principio de la responsabilidad global por tales inversiones, se exigirá un esfuerzo demasiado grande sobre los países productores y sobre los países en desarrollo, pues ellas competirán seriamente con sus necesidades globales de inversiones. Es éste un aspecto fundamental para América Latina, sobre el cual volveré más adelante.

La tercera responsabilidad global se refiere a la tecnología. En esta materia estamos enfrentando un desafío de la mayor importancia. La comunidad internacional, si creemos en lo declarado durante la reciente conferencia de Viena, debe aceptar que el avance tecnológico es, por definición, un patrimonio común de toda la humanidad. Los esfuerzos tecnológicos en curso deben ser expandidos y difundidos sobre todo hacia los países en desarrollo.

Creo que también es global la responsabilidad por el manejo del sistema financiero internacional; y estimo que el mundo enfrenta un problema muy serio, ante el cual los países de la OPEP deberían reaccionar introduciendo cierta disciplina financiera en el manejo de los excedentes, si se desea que el sistema siga sosteniendo el desarrollo económico mundial. Probablemente aquí está el punto más vulnerable del momento que actualmente vive la comunidad internacional. Frente a la posibilidad de una situación de crisis financiera internacional, surge la responsabilidad colectiva de todos los países del mundo, los que deberían esforzarse para examinar seriamente este problema, en la órbita del Fondo Monetario Internacional y de las Naciones Unidas, que

deberían desempeñar un papel importante en el manejo futuro de este proceso. Sería altamente inconveniente que éste quedara librado a los avatares de las luchas entre grupos financieros o entre los intereses particulares que están detrás de ellos.

Nos restaría todavía un quinto principio, a saber, el reconocimiento de la necesidad de desarrollar la llamada cooperación sur-sur, un tema que he dejado de intento para el final, porque también aquí aparece una especie de mistificación de la opinión pública internacional. En efecto, no nos llamemos a engaño; los problemas del tercer mundo no se arreglarán sólo a partir de la cooperación sur-sur; los países en desarrollo no están capacitados para resolverlos por sí solos. Sin embargo, este frente de cooperación es un elemento fundamental de autodefensa y de afirmación de la identidad del tercer mundo, el que tiene que mantenerse unido para sostener toda estrategia de negociación con los países industrializados. Sin embargo, no cabría imaginar que la solución de los problemas energéticos que afectan a los países del tercer mundo pueda quedar librada solamente a este tipo de cooperación.

Todo esto significa la puesta en marcha de un procedimiento o de un mecanismo de negociación. Y aquí debo señalar con satisfacción que, en principio, este mecanismo se encuentra ya diseñado en la Asamblea General; de las rondas de negociaciones globales que se llevan a cabo en su seno depende, en buena medida, la solución de los problemas existentes entre el norte y el sur.

Acabo de expresar que para que este diálogo sea posible es necesario desarrollar también ciertas actitudes políticas. El diálogo internacional, en definitiva, es un proceso político y sólo puede desarrollarse en la medida en que definamos nuestras actitudes políticas; estamos frente a una crisis internacional de grandes proporciones, y sólo decisiones políticas proporcionadas a la crisis nos permitirían resolverla. Es preciso tener en cuenta que estas decisiones deberán adoptarse en medio de un clima de desconfianza generalizada, causado por la incertidumbre económica, las divergencias políticas, e incluso por la propia novedad de los problemas a los que se ve abocada la humanidad. Y lo que es grave: en este momento no existe una sensación clara de que se esté avanzando hacia un compromiso político para brindar una base al diálogo y para construir un nuevo esquema de cooperación internacional.

MEDIDAS EN EL PLANO NACIONAL

Quisiera ahora referirme brevemente a lo que es necesario hacer en el plano nacional, con especial referencia a los países de América Latina. Se trata de un tema sobre el cual la CEPAL tiene que trabajar rápidamente. Debemos reflexionar sobre los elementos que integrarán la estrategia de desarrollo para los años 1980 y definir las acciones que deberíamos adoptar en el frente interno.

En primer lugar, debemos reconocer las diferencias existentes entre los países latinoamericanos, ya que es indudable que entre países como México y Brasil, por una parte, y como Uruguay y Costa Rica, por otra, hay notables disparidades. De allí que los países enfrentan situaciones y problemas muy distintos. Pero también existen denominadores comunes, y en este sentido quisiera señalar tres o cuatro de ellos que considero importantes. La necesidad de emprender medidas de ajuste frente al aumento de los precios de la energía, a la inflación internacional y al proteccionismo de los países industrializados, son ejemplos de esas necesidades comunes, cuyos costos podrían aumentar peligrosamente como consecuencia del estancamiento de las economías centrales.

Un segundo elemento común es la necesidad de hacer frente a serios problemas de balances de pago, un campo donde, como ya lo he señalado, es preciso que la comunidad internacional asuma su cuota de responsabilidad, pero donde habrá que buscar soluciones tanto en el plano nacional como en el plano regional.

Un tercer elemento importante se refiere a la necesidad de que los países adopten severas políticas de conservación —a partir de algunas experiencias positivas realizadas en el sector

industrial, los transportes, el desarrollo urbano y la organización rural— y llegado el caso, imponer el racionamiento del consumo de energía.

En cuarto lugar consideremos la necesidad de diversificar las fuentes de energía, según las condiciones y posibilidades de cada país. Así, por ejemplo, será necesario que Nicaragua continúe desarrollando la geotermia, el Uruguay la energía hidroeléctrica, o que el Brasil se oriente hacia la 'energía verde'; en suma, que cada país procure encontrar su propio balance energético en función de sus recursos naturales.

Una quinta consideración de la mayor importancia se refiere a las inversiones. Cualesquiera que sean las posibilidades de cada país en este campo, las inversiones requeridas para desarrollarlas serán gigantescas. Es previsible, por tanto, que los objetivos en el campo energético compitan con otros objetivos del desarrollo económico desde el punto de vista de la asignación de los recursos disponibles para inversión. En suma, la demanda de inversiones será formidable, y ello planteará un serio desafío a la programación del desarrollo durante los próximos años.

Lo anterior nos lleva a destacar, como señal de alarma, que el desarrollo del sector energético puede implicar una seria competencia frente a las urgencias del desarrollo social y económico de nuestros países durante los próximos años. Tampoco debemos olvidar que la inversión energética requiere un prolongado período de maduración para dar sus frutos. Es muy probable, pues, que la solución del problema energético genere y fuerce tendencias regresivas, en lo que se refiere a la estructura social, mucho más fuertes en la próxima década que durante la de 1970.

Pero, en definitiva, no debemos desalentarnos con respecto a la repercusión que podría tener un conjunto de medidas como el esbozado, sobre todo si se recuerda el potencial energético aún no utilizado que dispone América Latina. Así, por ejemplo, la región posee uno de los mayores potenciales del mundo para la producción de energía hidroeléctrica, 30% superior al de la Unión Soviética, el doble del de los Estados Unidos y Canadá sumados, y cuatro veces el de Europa. La importancia de este hecho se advierte si consideramos que en la actualidad sólo se explota el 15% del potencial antes mencionado.

MEDIDAS EN EL PLANO REGIONAL

Nos queda aún por analizar qué medidas podrían adoptarse en el ámbito latinoamericano, un tema sumamente delicado sobre el cual sólo quisiera esbozar algunas reflexiones.

Esta región del mundo, que ha ensayado todos los esfuerzos imaginables en materia de cooperación, bien podría proponerse metas novedosas en la materia. En este sentido es muy satisfactorio observar que la Organización Latinoamericana de Energía (OLADE) está adquiriendo una dinámica propia, como lo demuestra la reciente reunión de dicha organización en Costa Rica, donde los países latinoamericanos se dieron cita para examinar el tema al más alto nivel. Es indudable que la OLADE está llamada a desempeñar un papel de la mayor importancia durante la próxima década. Es igualmente alentador observar que Venezuela haya ofrecido representar los intereses de América Latina ante la OPEP con el objeto de lograr una mayor cooperación por parte de esa organización; es éste un hecho político de la mayor significación.

Pero simultáneamente debemos avanzar hacia cosas nuevas. Yo creo que la búsqueda de nuevas formas de cooperación regional en este campo debe intensificarse decisivamente en los próximos años. Tanto el Sistema Económico Latinoamericano (SELA) como la CEPAL deberán cumplir aquí funciones de la mayor importancia. ¿Por qué no podría pensar América Latina en desarrollar un programa de cooperación energética que nos permitiera disponer de cierta seguridad en materia de abastecimientos frente a la eventualidad de perturbaciones o conflictos mundiales? ¿Por qué no podríamos pensar en un programa de cooperación tecnológica, con la participación del PNUD, un organismo que está haciendo esfuerzos significativos en la materia? ¿Por qué no podríamos pensar en una mayor cooperación en el campo de las inversiones, que está llamado a convertirse en un elemento fundamental para el desarrollo del sector energético, procurando utilizar deliberadamente las inversiones que sea necesario efectuar en este campo como un

factor de estímulo al desarrollo interno de los países y donde el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) podría desempeñar un papel relevante? ¿Por qué no buscar una mayor cooperación desde el punto de vista de los mercados, aprovechando las ventajas de la cercanía geográfica y la complementariedad comercial, estableciendo acuerdos y mecanismos apropiados? Creo que se trata de temas de la mayor significación, frente a los cuales cabe mantener una actitud optimista en una región del mundo que ha intentado todas las experiencias posibles en materia de cooperación. Pero, al mismo tiempo, se trata de temas que plantean un importante desafío político.

En síntesis, creo que entramos en un período que se caracterizará por el despertar de la responsabilidad frente a estas cuestiones. La humanidad y muy principalmente los países industrializados, están saliendo de un largo período de ceguera e irresponsabilidad en la materia. A la historia le resultará difícil explicar cómo fue posible vivir esa etapa sin advertir que el crecimiento de los grandes centros industriales se estaba llevando a cabo a expensas de la extracción de recursos energéticos, especialmente provenientes del tercer mundo, a precios envilecidos y con un horizonte de agotamiento cercano. Resultará difícil explicar por qué no se inició mucho antes un proceso gradual de ajuste de los precios y por qué no se emprendieron políticas serias de sustitución a largo plazo. Creo que este despertar de la responsabilidad de todos los países del mundo en el campo energético debe ir acompañado de una labor de clarificación de conceptos en la opinión pública, una tarea en la cual las Naciones Unidas deberían desempeñar un importante papel, ya que la opinión pública ha sido profundamente distorsionada en relación con estos temas durante largos decenios.

Este despertar de la responsabilidad de la comunidad internacional frente a tales problemas planteará nuevos desafíos a la planificación; será necesario reducir las incertidumbres hoy existentes. Las decisiones que se adopten en los años inmediatos afectarán el futuro de la humanidad durante dos o tres decenios. Los países latinoamericanos disponen de todos los elementos necesarios para comprender la importancia de la planificación en este campo. No olvidemos que América Latina aprendió a planificar a partir de la energía. Sin embargo, nuestros países necesitarán apoyo para perfeccionar este proceso, y aquí el sistema de la CEPAL debe efectuar una contribución importante.

Hay que analizar y examinar también la experiencia socialista en el campo energético, en muchos aspectos mucho mejor preparado que el mundo capitalista para enfrentar el desafío energético.

Pero, al mismo tiempo, la crisis presente creará nuevas oportunidades para dinamizar las economías; en el mundo industrializado ya hay una clara conciencia de ello. Se tiene la impresión allí de que la transición energética implicará un período 'schumpeteriano' caracterizado por un impresionante desarrollo de sus fuerzas productivas. Lamentablemente, esa conciencia está fundamentalmente confinada a los países del norte. ¿En qué medida será posible utilizar también las inversiones requeridas para el desarrollo de los recursos energéticos como una palanca para estimular el crecimiento de los países en desarrollo? Y, simultáneamente, ¿hasta qué punto dicho crecimiento deberá basarse en estilos y políticas diferentes a los del pasado si se desea reducir los problemas planteados por la crisis energética a dimensiones manejables?

Como ya he manifestado, la prioridad asignada al desarrollo energético también podría acarrear consecuencias socialmente regresivas, ya que traerá consigo inevitablemente una profunda reorientación de las inversiones. La compatibilización de los objetivos planteados en el campo energético con las metas sociales del desarrollo hará necesario sopesar las opciones que se planteen en aquel campo a la luz de sus repercusiones sobre el empleo, adoptando tecnologías apropiadas, sobre el desarrollo agrícola y la producción alimenticia, y otros factores que influirán intensamente en el desarrollo social de nuestros países.

Lo que sí parece claro es que los factores energéticos deberán pesar mucho más que antes en el proceso de planificación. Conuerdo totalmente con lo que me manifestara un ministro de gobierno en la India: "Quienes estudiamos en Oxford y en Cambridge —me decía— llegábamos a la India y, antes de adoptar una decisión económica, pensábamos en su repercusión sobre el balance

de pagos. Hoy día, antes de tomar una decisión económica, pensamos en su repercusión sobre el balance energético". Esto también es aplicable a América Latina, donde tenemos que empezar a pensar en esos mismos términos.

Estoy convencido de que el peso de los factores energéticos y de otros factores que están adquiriendo creciente importancia en el mundo de hoy, determinará cambios durante los próximos decenios; y creo que muchos de esos cambios provendrán del norte. Tengo conciencia de que esos cambios generarán grandes resistencias, y de que los que hoy usufructúan de las ventajas del actual estilo estarán dispuestos a hacer ingentes esfuerzos para mantenerlo o transferir sus consecuencias negativas a otros sectores sociales. Sin embargo, creo también que será muy difícil ahogar las ansiedades de esa gran mayoría de la humanidad hoy tan severamente afectada por las consecuencias de ese estilo. De allí que esté convencido de que su transformación es inevitable. Se trata de una tarea eminentemente política donde, más que nunca, es necesario apelar a un cierto grado de voluntarismo social. El mercado ha demostrado en forma evidente su incapacidad para aportar soluciones duraderas. Por eso dichas soluciones aún no están a la vista. La CEPAL tiene que ser consciente de estos problemas, y espero que la contribución que pueda aportar para su esclarecimiento la convierta en una especie de conciencia crítica del desarrollo de América Latina.